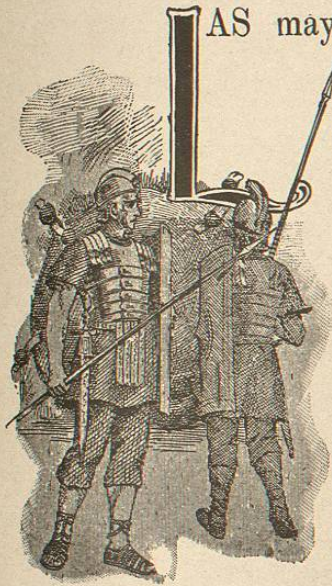


[ 138 ]

El Mensajero Celestial.

*“Aparta la oscuridad de su camino y todo el firmamento se ilumina de su deslumbrante gloria.”*

## “Ha Resucitado.”



Las mayores precauciones fueron tomadas para asegurar el sepulcro del Salvador, y una gran piedra fué colocada á su entrada. Sobre ella se puso el sello Romano de tal modo que no pudiesen moverla sin romper el sello.

Una guardia de cien soldados Romanos rodeaban el sepulcro, cuyo deber era custodiarlo estrictamente para que nadie pudiese tocar el cuerpo que contenía. Pusieron pues sentinelas ante el sepulcro que velaron mientras el resto del-destacamento descansaba en derredor.

Pero había todavía otras guardias rodeando aquella tumba. Estas eran de ángeles poderosos de los cielos. Cualquiera de ellos, si hubiera querido ejercer su poder, habría aniquilado á todo un ejercito romano.

Trascurrió la noche del primer día de la semana, llega la hora mas oscura, que es la que precede á la aurora.

Uno de los ángeles más poderosos es enviado del cielo. Su rostro es como el relámpago y su vestidura mas blanca que la nieve. Aparta la oscuridad de su camino y

[ 139 ]



todo el firmamento se ilumina de su deslumbrante gloria.

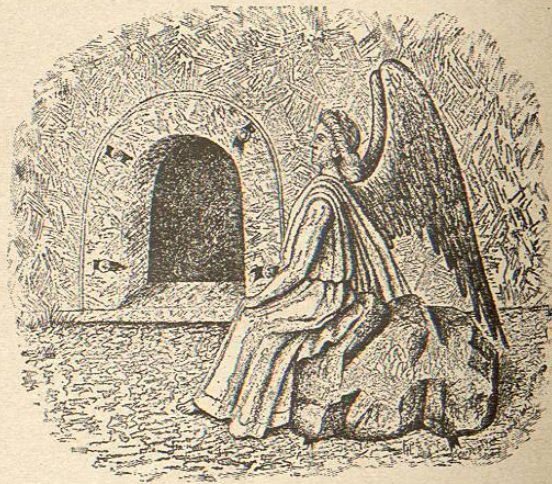
Los soldados despiertan sobresaltados, y contemplan con temor y admiración los cielos entreabiertos y la brillante visión que de ellos desciende.

La tierra tiembla y se remueve al aproximarse aquel potente ser. Este viene con un mensaje de gozo, y la rapidez y fuerza de su vuelo hacen que el mundo tiemble como en un gran terremoto. Los oficiales, soldados y sentinelas caen á tierra como muertos.

Había todavía otra guardia rodeando aquella sepultura. Esta se componía de ángeles malignos. El Hijo de Dios había caído en el poder de la muerte y lo consideraban como legítima presa de aquel que tiene el poder de la muerte, es decir,—de Satanás.

Allí, pues, estaban los ángeles de Satanás para cuidar que ningún poder les arrebatara a Jesús. Pero al descenso de aquel esplendente mensajero enviado desde el trono de Dios, huyeron despavoridos.

Uno de los ángeles principales que con sus compañeros había resguardado la tumba de su Señor, se unió con



el poderoso ángel que acababa de descender, y ambos se dirigieron al sepulcro.

Aquel comandante angélico, tomó la gran piedra, y apartandola de la entrada del sepulcro, se sentó sobre ella. Su compañero entró en la tumba y quitó las envolturas del rostro y de la cabeza del Señor. Luego en tono que hizo temblar la tierra exclamó:

“¡ Jesús, Hijo de Dios, tu Padre te llama!”

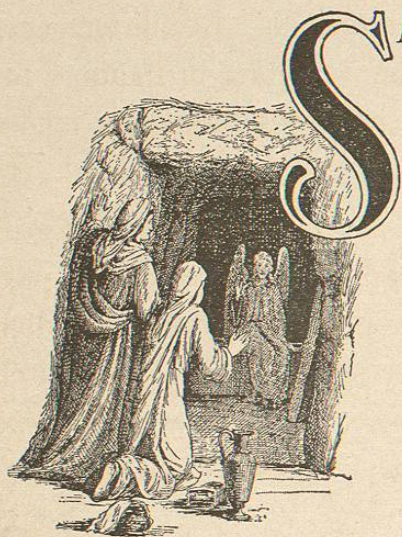
Entonces aquel que había merecido el triunfo sobre la muerte, salió del sepulcro como glorioso conquistador. Cuando resucitó el mundo se estremeció, brillaron los relámpagos y resonó el trueno.

Cuando Cristo entregó su vida un temblor señaló la hora, y otro temblor anunció el momento en que otra vez tomó para sí su vida triunfante.

Grande fué el furor de Satanás cuando huyeron sus ángeles ante el mensajero celestial. Había osado esperar que Jesús no tomaría para sí su vida otra vez; pero se desanimó cuando vió al Salvador salir victorioso del sepulcro. Entonces comprendió Satanás que su reino tendrá fin y que finalmente él mismo será destruido.



## “Id, decid á mis Discípulos.”



**S**AN Lucas en su relato de la sepultura del Salvador, dice hablando de las mujeres que presenciaron su crucifixión:

“Y al volverse, prepararon especias y unguentos; y el Sábado descansaron, según el mandamiento.”<sup>1</sup>

Siendo la tarde en que él murió, la preparación de la Pascua (pues él era el verdadero Cordero pascual “que quita el pecado del mundo”),— las mujeres prepararon las especias y unguentos con que embalsamar á su Señor y las pusieron aparte hasta que terminó el Sábado.

“Y cuando el Sábado hubo pasado. . . . partiendo muy de madrugada, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro, salido ya el sol.”<sup>2</sup>

Al acercarse al huerto, observaron con sorpresa la hermosa iluminación en el cielo y sintieron que la tierra tembló bajo sus pies. Llegaron apresuradamente al sepulcro y su sorpresa aumentó al ver quitada la gran pie-

<sup>1</sup> Lucas 23 : 56.

<sup>2</sup> Marcos 16 : 1, 2.

dra y al notar que ya la guardia Romana no estaba allí.

Observaron un resplandor cerca de la tumba y al asomarse, vieron que estaba vacía. Mientras María llevaba la noticia á los discípulos, las demás mujeres examinaron el sepulcro con más atención. Repentinamente vieron un hermoso joven, con vestidura brillante, y tuvieron miedo. Era el ángel que había quitado la piedra y que les dijo :

“¡No temáis vosotras! porque yo sé que buscáis á Jesús, el que fué crucificado. No está aquí; pues ha resucitado, como os dijo. ¡Venid, ved el lugar donde yacía el Señor! É id presto, y decid á sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; y he aquí que él va delante de vosotros á Galilea; allí le veréis: he aquí, os lo he dicho.”<sup>3</sup>

Y como las mujeres volvieron asomarse al sepulcro, vieron otro ángel resplandeciente, quien les preguntó :

“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? ¡No está aquí, sino que ha resucitado! ¡acordáos de cómo os habló, estando aún en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día!”<sup>4</sup>

Los ángeles luego explicaron la muerte y resurrección de Cristo. Recordaron á las mujeres las palabras que Cristo les había hablado, en que les había anunciado su crucifixión y resurrección. Ahora pudieron compren-

<sup>3</sup> Mateo 28 : 5-7.

<sup>4</sup> Lucas 24 : 5-7.



der aquellas palabras y de ellas derivaron nueva esperanza y valor.

María (Magdalena) había estado ausente durante este episodio, pero ahora volvió con Pedro y Juan. Cuando los demás se volvieron á Jerusalem, ella se quedó junto al sepulcro; no podía separarse de allí hasta saber que se había hecho con el cuerpo de su Señor. Mientras estaba allí llorando, oyó una voz que le preguntó:

“Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas?”

Sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no observó quien le hablaba. Pensó que sería alguno que estaba encargado de aquel huerto, y por esto le suplicó:

“Señor si tú le has quitado, de aquí, díme donde le has puesto, y yo le llevaré.”

Pensaba que si consideraban el sepulcro de aquel hombre rico como un lugar demasiado honroso para su Señor, que ella misma conseguiría otro en donde ponerle. Pero ahora la voz de Jesús mismo la llenó de sorpresa. Le dijo:

“¡María!”

En el momento se quitó las lágrimas de los ojos, y volteando contempló á Jesús. Olvidando, en su alegría, que había sido crucificado, tendió hacia él las manos exclamando:

“¡Rabboni!” (Maestro.)

Jesús le dijo: “No me cojas: porque todavía no he subido á mi Padre: más vé á mis discípulos, y diles:

“¡Subo al que es mi Padre y vuestro Padre, y mi Dios y vuestro Dios!”

Jesús se rehusó á recibir el homenaje de sus discípulos hasta saber si su sacrificio había sido aceptado por su Padre. Deseaba recibir de Dios mismo la certidumbre que la propiciación que él había hecho era suficiente para que por medio de su sangre derramada el hombre pudiera obtener la vida eterna.



Inmediatamente despues, Jesús ascendió al cielo á presentarse

ante el trono de Dios, mostrando las crueles señales de su suplicio en su frente, sus manos y sus piés. Pero rehusó recibir la corona de gloria y el manto real, como había rehusado el homenaje de María, hasta que el Padre le indicara que su ofrenda estaba aceptada.

Tenía tambien una petición que hacer tocante á sus escogidos en la tierra. Quería que estuviera bien determinada la relación entre sus redimidos y su Padre Celestial.

Su iglesia tenía que ser justificada y aceptada antes



que él aceptara honores celestiales. Declaró que su voluntad era, que allí donde él estuviese, quería que su iglesia estuviera también. La gloria que fuese suya, quería compartirla con sus discípulos; aquellos que sufrirían por él en la tierra, tendrían finalmente que reinar con él en su reino. Con la mayor claridad Cristo abogó por su iglesia identificando los intereses de ésta con los de él y defendiendo sus derechos y privilegios ganados por medio de él, con amor y constancia más poderosos que la muerte. La respuesta de Dios á ésta súplica fué la proclamación:

“¡ Adórenle todos los ángeles de Dios! ”<sup>6</sup>

Cada príncipe angelical obedeció aquel real mandato. Atravez de los cielos resonó el himno: “Digno, digno es el Cordero que fué muerto y que vive otra vez vencedor triunfante.” La innumerable compañía de los ángeles se postraron delante del Redentor.

La petición de Cristo fué concedida — su iglesia es justificada en él, su representante y cabeza. Así ratificó el Padre su pacto con su Hijo, que se reconciliaría con los hombres arrepentidos y obedientes, y les concedería el favor divino por los meritos de Cristo el Redentor.

<sup>6</sup> Hebreos 1:6.

## Testigos.

\*\*\*



EN la tarde del mismo día de la resurrección, dos de los discípulos estaban caminando para Emáus, una población chica á ocho millas de Jerusalem.

Estaban perplejos por los acontecimientos que acababan de pasar, y especialmente por lo que habían dicho las mujeres que vieron á los ángeles y á Jesús despues de su resurrección.

Volvian ahora á su casa á meditar y orar, con la esperanza de obtener alguna luz sobre estos asuntos que eran tan misteriosos para ellos.

Segun caminaban, les alcanzó un desconocido y se juntó con ellos; pero estaban tan preocupados con su conversación que apenas notaron su presencia.

Estos robustos varones estaban tan sobre cargados de dolor que lloraban al ir andando. El tierno y amoroso corazón de Cristo reconoció allí un pesar que el podía mitigar.

Jesús en forma de un desconocido, entabló conversación con ellos. “Mas sus ojos estaban embargados,